

**MARÍA INMACULADA Y MADRE,
PUERTA DE LA MISERICORDIA**

Gn 3
Lc 1,26-38

En María encontramos el **rol que Dios ha asignado a toda persona**. Y descubrimos con asombro que la misericordia impregna el fundamento de su misión en el mundo: **regalar vida entregando la vida**. Vivir desde la misericordia, en el sentido amplio del término, supone entregar la propia vida al servicio de un proyecto de amor soñado por Dios desde la Creación del mundo. Dicho proyecto está destinado a restaurar la vida de aquellos que han sido desposeídos y les ha sido arrebatada su dignidad: *Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la Creación del mundo...* (Mt 25)

En contraposición con María, Eva, aunque sólo sea un personaje simbólico, representa al ser humano que quiere explorar nuevos caminos y se lanza a una aventura, sin reflexionar acerca de las consecuencias. Eva quiere dar un determinado rumbo a la historia, y lo hace alejándose de Dios, eligiendo de manera equivocada. Aún no ha descubierto el verdadero sentido de su vida o lo ha negado. Eva representa la etapa de **adolescencia** del ser humano, momento en el que la persona aún no es libre, no sabe lo que quiere y se deja arrastrar por cualquier viento de doctrina, como diría San Pablo.

Las consecuencias de la decisión de Eva son totalmente contrarias a ese proyecto soñado por Dios. Eva será el reverso de la medalla en el caso de María. A Eva se le cuestiona por haber elegido el fruto de la desobediencia, alejándose así del plan de Dios y engendrando en el mundo el fruto del mal. María es agraciada, pues se le ofrece la otra alternativa: desde su libertad, **engendrar en ella misma el fruto del bien**. De esta forma, la historia de la humanidad vive en una lucha permanente entre el amor de misericordia y el egoísmo que nace del pecado.

En María triunfa la misericordia, porque ella nunca va buscando ser protagonista, autosuficiente, independiente de Dios. María es libre, pero no rebelde. **María ha alcanzado la madurez humana**, cuya más alta manifestación es la vida que nace de un corazón lleno de amor. **Eva da a luz** la vida biológica, pero **también engendra el pecado**. Por tanto, Eva nunca podrá regalar vida, aunque su cuerpo continúe dando a luz. A través de María es restaurada la imagen y semejanza de Dios degradada por el pecado. **María es la fuente de la vida**, pues de ella nace el autor de la vida. Eva y María son los dos polos opuestos en la historia de la salvación.

Todo ser humano lleva **dentro de sí las marcas** del hombre y la mujer pecadora, y está llamado a liberarse de dicha situación, para asemejarse a Cristo con la ayuda de María. Al final del evangelio de Mateo, encontramos la receta para asemejarnos cada vez más a María y, de esta forma, desarrollar la misión a la que hemos sido llamados y llamadas: **dar vida en abundancia**. Las obras de misericordia nos descentran de nosotros mismos, nos liberan del yugo del egoísmo, y abren la puerta santa por donde entrarán todos los necesitados del mundo. Es la puerta de la felicidad, la que nos invita a salir de nosotros mismos para encontrarnos con Dios y con los demás.

EN LAS ENTRAÑAS DE DIOS, EN LAS ENTRAÑAS DE UNA MUJER

María aprende de Dios a ser madre, porque todo ser humano ha sido creado por Dios y previamente ha sido acogido en sus entrañas. En el origen de toda vida está la misericordia: en ese acto de Dios de crear y de amar. Porque nos ama, hemos sido creados. Así pues, Dios es **el primer autor de la vida** de cada uno y, por tanto, nos engendra en su corazón antes de que seamos engendrados en el vientre de una mujer: *Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado* (Jer 1,5). Este texto se refiere sobre todo a la vocación a la vida, cuya primera Causa es Dios. Él, en ese sentido, es Madre de toda criatura. Y por ese motivo se conmueve ante la lejanía de sus hijos: *Cuando Israel era niño, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo (...) Yo enseñé a Efraím a caminar, tomándole por los brazos, pero ellos no conocieron que yo cuidaba de ellos. Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor, y era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla; me inclinaba hacia él y le daba de comer (...) ¿Cómo voy a dejarte, Efraím, cómo entregarte, Israel? (...) Me da un vuelco el corazón, se me conmueven las entrañas* (Os 11).

Dios acoge en sus entrañas el **desvalimiento de su criatura**, más que sus fortalezas. Por eso, Dios elige a personas irrelevantes o rechazadas y las ensalza. No es la persona la que se coloca en los puestos de honor, sino que es Dios quien la eleva. En el caso de Eva y María, encontramos dicha contraposición, pues Eva pretende situarse por encima del bien y del mal, pero Dios derriba del trono a los poderosos. En este sentido, la humildad de María no es sinónimo de humillación, ya que Dios la ha elegido como protagonista de la historia. Y ella acoge su plan de salvación. No se eleva a sí misma. El desvalimiento de María radica, según la cultura de su época, **en su ser de mujer y en su ser virgen**. No era bien vista dicha opción, ya que entonces, como ahora, sólo vale la persona que produce y da frutos.

Por otro lado, Dios, en su encarnación, **se somete al desvalimiento** de la naturaleza humana, asume en sí mismo la humildad y se convierte en uno de tantos. No es el orgullo ni la prepotencia el estilo de Dios. Y si alguien va por la vida adoptando esa postura, Dios le sitúa en su lugar correspondiente. Es el caso de la madre de los Zebedeos: *el puesto a mi derecha o a mi izquierda no me corresponde a mí concederlo...* Desde la paradoja, Dios se convierte en un ser desvalido, en un niño, y más adelante, en un rechazado y en un condenado. Jesús de Nazaret, manifestación de Dios, es **acogido en las entrañas de una mujer** y es objeto de misericordia. Esa mujer, María, lo engendra en su seno, lo cuida, lo educa, lo acoge incluso en la hora de su muerte. Desde este sagrado icono, ¿por qué llamar misericordia al amor de una madre? Porque **pone su corazón en lo pequeño y lo hace crecer**. Y todos estamos llamados a dar vida, como María, y acompañar procesos de crecimiento. Es la mayor fortaleza que se nos puede regalar.

CUESTIONARIO

1. ¿He descubierto a María como la mujer que en la historia abre la puerta santa de la misericordia?
2. ¿En qué plano me sitúo: en el de Eva, rebelde y alejada de Dios; o en el de María, libre y en colaboración con el plan salvador? No hay mejor revolución que la encarnación de Dios.
3. ¿Me siento llamado a dar vida desde el Evangelio y desde el carisma mercedario? ¿Cómo?
4. ¿Qué procesos de crecimiento estoy acompañando? ¿Lo hago desde el desvalimiento o la prepotencia?